

LUIS VITALE

Introducción
a una teoría de la Historia
para
América latina

PLANETA
Buenos Aires, 1992

*A mi querido amigo
Abraham Pimstein L.
permanente lector
y agudo crítico de
mis originales*

*“ Un sistema teórico se mantiene o se cae,
no sobre la base de algunas paredes,
sino por su capacidad de captar
los nuevos problemas que se presentan,
y en darles soluciones viables ”*

HORACE DAVIS

Nota preliminar

Esta aproximación a una teoría de la historia, que presentamos para la discusión, ha surgido de mis nueve tomos de la Historia general de América latina, publicada en edición limitada por la Universidad Central de Venezuela en 1984, en los que hay un mayor desarrollo de los hechos empíricos y de la documentación utilizada. De todos modos, en la presente obra estos hechos están considerados, como asimismo la bibliografía fundamental, que el lector encontrará al final de cada capítulo.

Capítulo I

Necesidad de una
teoría de la historia
para la investigación

de las formaciones sociales latinoamericanas

Basada en la concepción unilateral de la historia y el modelo eurocéntrico de desarrollo, la historiografía tradicional ha bloqueado el análisis teórico de las especificidades de América latina. El resultado es que no tenemos una teoría de la historia para estudiar las particularidades de América latina y el Caribe. No hemos podido todavía precisar los períodos de transición de nuestra historia, carecemos de una teoría que explique la incidencia de la relación etnia-clase en nuestro subconsciente indo-afro-latino, y menos aún de una teoría de la cuestión nacional que se deduzca de la especificidad de nuestra ruptura del nexo colonial y de las posteriores formas de dominación y dependencia semicolonial.

Tampoco tenemos una teoría para explicar las particularidades de nuestros modos de producción y las características específicas de nuestras formaciones sociales. Y ni que decir de la falta de una teoría del origen y desarrollo de las clases sociales, de la conciencia de clase y de la particularidad de nuestra lucha de clases. No contamos con una teoría de la formación del Estado nacional y de las nuevas funciones que ha adquirido el Estado contemporáneo. Carecemos de una teoría que oriente la investigación acerca del papel del mito en la historia latinoamericana y de la propia religiosidad popular. Ni hablar de la ausencia de fundamentos epistemológicos para estudiar la ideología y el pensamiento filosófico, social y político. Falta, en fin, una teoría que contribuya a explicar el modo en que se dio en América latina la medición sociedad humana-naturaleza y las formas de opresión de nada menos que el 50 por ciento de la población: las mujeres, esa mitad invisible de la historia.

Esa teoría -- que nunca será acabada sino que está en proceso permanente de creación -- surgirá del estudio de nuestra propia realidad y evolución histórica, fundamentado en una epistemología específica y en un nuevo método de análisis. Las investigaciones empíricas de la historiografía tradicional son insuficientes, porque las fuentes documentales fueron procesadas desde el ángulo positivista y neopositivista. Necesitamos compulsar de nuevo esas fuentes y descubrir otras que los historiadores burgueses ocultaron por obvias razones.

Las historias universales elaboradas hasta ahora no son tales, porque han sido redactadas desde un punto de vista eurocéntrico. Tienen la apariencia de serlo porque comienzan con la llamada Prehistoria y las primeras civilizaciones del “Medio y Lejano Oriente”, obviamente lejano para los europeos. A partir de los imperios griego y romano, estas historias, pretendientemente universales, se van tornando cada vez más eurocéntricas. Las sociedades asiáticas y africanas desaparecen --no en la realidad sino de la historiografía tradicional-- para reaparecer recién con la colonización de la era moderna, salvo el caso del imperio musulmán, sólo analizado por su impacto en el sur de Europa. De nuestra América hay sólo breves referencias a los imperios maya, inca y azteca, como si no hubiesen existido milenarias culturas cazadoras-recolectoras y agroalfareras. Pareciera que para dichas historias universales, la historia de América comenzara con el llamado “descubrimiento”.

Ni siquiera en la época moderna tales historias son realmente universales porque toda la historia del “tercer mundo” se hace girar en torno a Europa, soslayando el proceso endógeno de evolución de los pueblos asiáticos, africanos y latinoamericanos, con excepción de los Estados Unidos. Cabría preguntarse si detrás de este enfoque no sigue pesando la concepción hegeliana de los “pueblos sin historia”.

El resultado de esta manera de estudiar el pasado es que no existe una teoría realmente universal de la historia. A lo sumo, podría hablarse de una teoría de la historia de contenido eurocéntrico, en función del mundo mediterráneo y de Europa occidental. De hecho, resulta una teoría europea de la historia mundial y no una teoría propiamente universal de la historia.

Inclusive las historias de las civilizaciones, como las de Durant, Croizet, Ber, Goetz y otras, que aspiran a cubrir las diferentes culturas con especialistas por regiones, están impregnadas de una concepción limitada que impide captar el proceso desigual, articulado. Combinado, específico-diferenciado y multilíneal de la historia, presentando un rosario de civilizaciones aisladas, sin perspectiva unívoca. Los que pretendieron esbozarla de manera

global, como Spengler y Toynbee, no pasaron más allá de la historia comparada morfológica, cayendo en la metahistoria, en la búsqueda del “alma de las civilizaciones” o del choque de éstas para generar una “religión superior”,

Los porfiados hechos de la historia contemporánea han obligado a cambiar la perspectiva de la Historia como disciplina. La toma de conciencia que comienzan a adquirir algunos investigadores acerca de que Europa occidental no es más el centro del universo, junto a la insurgencia anticolonialista de los pueblos asiáticos, africanos y latinoamericanos, contribuye a replantear el estudio de la historia universal. Pelletier y Goblot han reconocido hidalgamente: “por primera vez este mundo ya no es concebido solamente en las dimensiones de Europa ni de la civilización europea como sucedió durante tanto tiempo”.¹ Y más explícitamente, Braudel: “Europa no es, ya no está en el centro del mundo”.²

Para completar esta toma de conciencia histórica faltaría analizar objetivamente qué era Europa occidental antes de la era moderna y en qué estadio de la civilización estaban Inglaterra, Francia, los Países Bajos y Alemania en el comienzo del medioevo, por ejemplo. En rigor a la verdad mientras ellos estaban gateando en la historia, hacía varios siglos que en nuestra América se había iniciado la revolución urbana desde Teotihuacán hasta el Cuzco, mientras en Asia y África seguían haciendo historia civilizaciones milenarias. Un investigador inglés ha reconocido sin rodeos que “Europa ha constituido durante la mayor parte de su historia una zona de barbarie”.³

Se ha tomado a Europa occidental como modelo de desarrollo histórico, considerando anómala la evolución de Asia, África y América latina. ¿Acaso Europa no ha podido precisamente la excepción? Es el único continente que ha pasado por la secuencia culturas “primitivas” -esclavismo-feudalismo-capitalismo. ¿Por qué, entonces, fundamentar una teoría de la historia sobre la base de un continente cuya evolución ha sido la excepción en la historia universal? Una de las razones para justificar esta aberrante apreciación es que la *sui generis* evolución de Europa occidental dio paso a la conquista del mundo y, por ende, a la mundialización de la historia.

El hecho objetivo es que a pocos años de finalizar el siglo XX no existe una interpretación global del desarrollo de la humanidad. Esta ausencia de una historia realmente universal sólo podrá superarse, a nuestro juicio, con el aporte de los historiadores de Asia, África y América latina y el ulterior intercambio de ideas con los colegas norteamericanos y europeos, tanto del Oeste como del Este, dispuestos a una nueva reflexión sobre su pasado, única manera de elaborar una teoría del desarrollo global y específico de las sociedades humanas.

Una teoría de la historia del África hecha por investigadores africanos, y una similar del Asia por asiáticos, que puedan dar cuenta de las particularidades de sus culturas, junto a una labor parecida de los investigadores latinoamericanos, constituirían un gran paso para la elaboración de una teoría universal de la historia. La evolución de la humanidad vista desde la perspectiva de cada una de las regiones del llamado “tercer mundo” significaría de hecho una ruptura epistemológica con la hasta ahora considerada historia universal, terminando con el eurocentrismo deformador de la realidad. Ya lo había dicho Juan Jacobo Rousseau en el capítulo VIII del *Essai sur l'origine des langues*: “El gran defecto de los europeos es que filosofan acerca del origen de las cosas de acuerdo a lo que ven a su alrededor (...). Para estudiar al hombre se requiere una perspectiva más amplia; para descubrir las propiedades es necesario empezar por las diferencias”.

Tenemos que comenzar por rescatar los enfoques de maestros latinoamericanos, como Simón Rodríguez, quien ya en la primera mitad del siglo XIX decía: “en lugar de pensar en medios, persas o egipcios, pensemos en los indios (...) más cuenta nos tiene entender a un indio que a un Ovidio”.⁴ Esta afirmación tan rotunda no significaba un menosprecio por la cultura universal sino que constituía un llamado de atención para que comenzara a estudiarse la especificidad de nuestra historia.

José Martí retomó esta senda al manifestar a fines del siglo XIX: “La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia (...) ingrese en nuestras

repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser de nuestras repúblicas”.⁵ Más explícito aún fue José Carlos Mariategui al señalar en 1928: “ni calco ni copia”,⁶ en el intento más sobresaliente por encontrar las particularidades de nuestra historia americana, rompiendo con la recurrencia de los investigadores al traslado mecánico del modelo de evolución europeo.

Más recientemente mi maestro José Luis Romero advirtió que “el esquema de las corrientes ideológicas de Europa occidental no puede servirnos de modelo (...) quizás ha sido Latinoamérica más original de lo que suele pensarse, y quizá más originales de lo parecen a primera vista ciertos procesos que, con demasiada frecuencia, consideramos como simples reflejos europeos”.⁷

Plantear la necesidad de una teoría propia para el estudio de la historia latinoamericana no significa obviamente dejar de lado minimizar los aportes de los historiadores de otros continentes. Por el contrario, se trata de incorporar sus contribuciones teóricas más relevantes, aplicándolas de manera creadora a nuestra realidad. Lejos de nosotros la pretensión de menospreciar siglos de investigación de la historiografía europea y sus aportes metodológicos, sin los cuales todo intento de formular una teoría de la historia latinoamericana partiría de cero. Sólo alertamos sobre la necesidad de no trasladar sus esquemas al estudio de nuestra historia; apliquemos creadoramente sus aportes a la realidad americana en pos de una teoría que dé cuenta de nuestra particular evolución.

NOTA

¹ ANTOINE PELLETIER y JEAN-JACQUES GLOBOT: *Materialismo histórico e historia de las civilizaciones*, De. Grijalbo, México, 1975, p.15

² FERNAND BRAUDEL: *Le monde contemporaine*, Ed. Belin, París, 1963, p.143.

³ ERIC HOBSBAWM: Du féodalisme au capitalisme, en *Recherches internationales*, París, n° 37, p.217.

⁴ SIMON RODRIGUEZ: *Obras completas*, Universidad “Simón Rodríguez”, Caracas, 1975, t. I, pp.66 y 288.

⁵ JOSE MARTI: *Antología mínima*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1972,t.I , p. 244

⁶ JOSE CARLOS MARIATEGUI: *Ideología y política*, Lima, 1969, vol. XIII, p 246.

⁷ JOSE LUIS ROMERO: *Latinoamérica, situaciones e ideologías*, Ed. del Candil, Buenos Aires, 1967,pp.26 y 55